



Montañas Vascas

La atracción del padre Aralar

*A mis buenos amigos Indalecio y Donato Ojanguren,
en recuerdo de la grata excursión que hice en su
compañía.*

¡Aralar!

¡Qué de dulces recuerdos y gratas sugerencias evoca en nuestra mente la sola enunciación de ese mágico nombre!

Ya de muchachos, la sola contemplación de las gráciles y altivas siluetas y bellos y airosos contornos de las varias cumbres que destacan entre la masa anónima que constituye el imponderable macizo de Aralar, nuestros ojos, atónitos y embelesados, escudriñaban entre sus pliegues rocosos, con mezcla de admiración y temor, sobre lo que depararían en sus entrañas aquellos gigantes pétreos que veíamos tan lejanos, y cuya posesión se nos antojaba poco menos que imposible, tan imposible como el Everest y otras grandes cumbres que estudiábamos en la geografía, y por cuyas alturas colegíamos que desde ellas se tocaba—o poco menos—el cielo y los astros y estrellas del firmamento.

Llegó el día en que nos fué dable el cumplir nuestro deseo, durante tanto tiempo contenido. ¡Con qué gozo trepamos ágiles por las pendientes laderas del Txindoki, Larrunarri (también llamado el Cervino español)! ¡Y qué buenos sudores nos costó el alcanzar su cumbre!; pero también ¡qué alegría cuando conseguimos poner nuestras incipientes plantas en su cúspide!

En la marcha descubrimos sitios y rincones tan gratos y acogedores, que jamás en nuestra muda contemplación de tantos años de las gigantescas moles—desde que tuvimos uso de razón—hubiésemos imaginado existían. Nos prometimos volver y ¡vaya si volvimos!; no una, sino innúmeras veces. En cada nueva excursión traíamos impresionada la retina por originales y sorprendentes hallazgos, algunos que llegábamos a admirar de cerca, y otros que reservábamos como objetivo para sucesivas excursiones.

Vino un día en que se constituyó la agrupación «Los Amigos de Aralar», en cuyo génesis tomamos no pequeña parte e inauguróse el proyectado albergue de Igaratza. Y si antes de estos hechos encaminábamos nuestros pasos, casi sin pretenderlo, hacia el padre Aralar, después de la construcción del refugio ha constituido una obsesión tal que aunque algunas veces hubiéramos querido cambiar de rumbo y fijar como punto de mira u objetivo de próximas excursiones, alguna de las ingentes cumbres que divisábamos en nuestras correrías por el Aralar, llegaba el día señalado y volvíamos de nuestro acuerdo, y una vez más tomábamos alguna de las rutas de dicha sierra, que nos atraía y atrae con su poder magnético, subyugando, fascinando y anulando nuestros deseos. Es algo que no podemos explicar con palabras, algo que coarta nuestras iniciativas y nos ata, por decirlo así, al «yugo de Aralar». ¡Pero que todos los yugos sean tan penosos como este que padece-

mos! Pues, señor, he aquí que el «fotógrafo águila» — es innecesario decir que hemos nombrado a Indalecio Ojanguren — nos avisó hace un par de



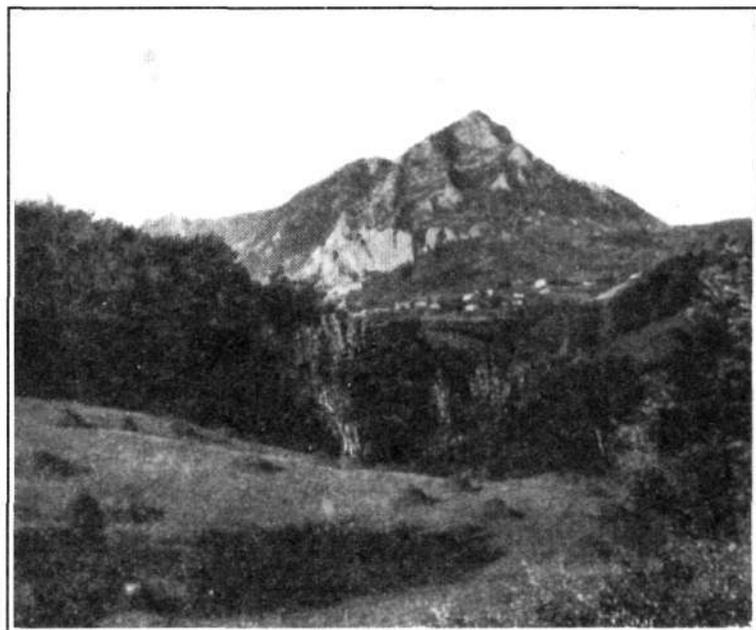
¡Aralar! ¡Qué de dulces recuerdos y gratas sugerencias evoca en nuestra mente la sola enunciación de este mágico nombre!

meses que venía acompañado de su hermano Donato, para obtener una colección de fotografías de Aralar. No necesitamos que nos repitiese el aviso para disponernos a acompañarles. Hace mucho que Ojanguren perseguía esta idea. Aralar era de las pocas sierras del País Vasco que en su archivo estaba más exhausta de vistas, y quería subsanar cuanto antes esa omisión que a él se le antojaba imperdonable. Esta era la tercera vez que en un intervalo de pocos días se había decidido para ello, pues las dos veces anteriores, después de estar en plena sierra, le sorprendió la niebla y nada pudo hacer. Pero, aunque tenga que venir veinte veces—nos dice Indalecio—he de completar la colección de Aralar; y le creemos sin titubear, pues posee una tenacidad netamente vasca, y lo que se decide a hacer lo hace, por más obstáculos que se le opongan.

Una fresca mañana del mes de Octubre nos deslizamos, raudos, por la cinta alquitranada que une Tolosa con Lecumberri, residencia municipal del encantador valle de Larraun. Hasta el confín de Guipúzcoa, la carretera serpentea entre altas montañas por una encañada tan estrecha que justamente hay espacio para el río

y la carretera, dándonos una sensación de agobio que anonada; estamos deseando salir a un espacio de mayor horizonte. Sin pretenderlo, me acuerdo del famoso historiador P. Larramendi (el segundo centenario de su obra cumbre, *El imposible vencido*, se ha celebrado recientemente en Andoain, su pueblo natal), el cual, refiriéndose a Guipúzcoa, dijo con gran donaire «que los montes son tantos y tan extensos y corpulentos, que si pudieran allanarse sería de extensión por lo menos duplicada».

Y qué razón le sobraba;... porque ¿qué son nuestros estrechos valles, sino sordidos callejones que, como de limosna, nos ceden las altivas cumbres?



El bravío Balerdi, que se yergue majestuoso y estático sobre el pintoresco pueblecito de Azkarate.

Pienso en la obstinación de mucha gente en no quererse mover de estos profundos valles, donde habitan, y encaramarse, cuanto con más frecuencia mejor, sobre los montes que parecen pretender asfixiarnos. Bien está que durante la semana permanezcamos aquí abajo en el llano, por necesidad de nuestras respec-

tivas ocupaciones, pero al llegar un domingo o día festivo, el sentido común nos dicta que debemos abandonar el lugar de nuestro destierro, y volar, volar muy alto como los pájaros, lo más alto que nos permitan nuestras piernas para cambiar horizontes y respirar a pleno pulmón.

¡Qué insignificantes parecen desde las alturas los agujeros donde malvivimos y se desliza nuestra existencia y qué ganas nos entran de no descender más al llano y quedarnos a vivir allí arriba, cara al cielo y al sol!

Después de *franquear* la cadena de Navarra comenzamos a vislumbrar más horizonte y en seguida apreciamos Arriba: el primer poblado y residencia municipal del hermosísimo valle de Arraiz, vergel diminuto de Navarra. Y de pronto, como al descorrerse el telón de un escenario, se nos muestran a la derecha en toda su grandeza e intensidad, como soldados en formación, las ciclópeas cumbres de las Malloas. ¡Espectáculo sublime, digno de admiración! Conócense por Las Malloas los montes de Aralar, comprendidos entre los valles de Arraiz y Larraun. Malloa equivale a Alpe.

Reconocemos en primer término el bravío Balerdi, que se yergue majestuoso y estático sobre el pintoresco pueblecito de Azcárate (Askarat, Asca-te, que significa lugar bajo, al pie de la altura). Los naturales del país le conocen mejor por Mallozarra, esto es, Malloa vieja.

Más al centro, la Torre de Inza (principal objetivo de nuestra excursión de hoy) álzase sobre el pueblecito del mismo nombre y se deja ver como reina que desde su trono elevado preside aquel bello conjunto. Más allá, las jóvenes Malloas con Baratzail, Illobi, Ardigain, Astopunta, Aitzxuri y Aitzxorrotxeta, se muestran como vírgenes pétreas cuyos pechos se adornan con flor de avellano, cual jóvenes que gustan de aparecer bonitas.

Y si a la derecha se nos ofrece un espectáculo magnífico que no nos cansamos de contemplar, a la izquierda van desfilando también ante nuestra vista, hermosas casas solariegas y viejas iglesias que tienen también mucho que admirar. Ved ahí, en prueba de nuestro aserto, la iglesia de



La Torre de Inza o Irumugarrieta, reina de Aralar.

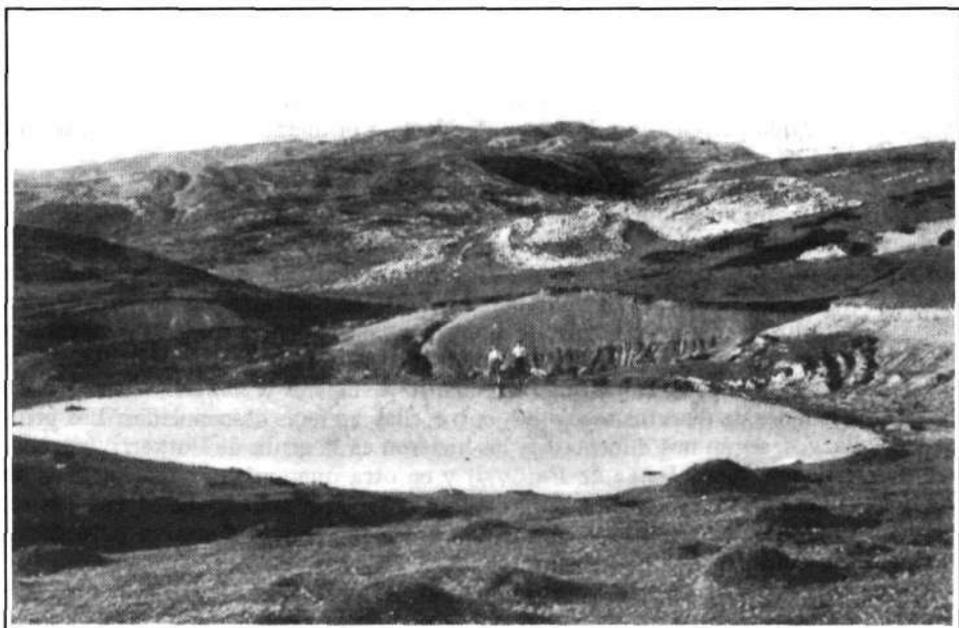
Atallo, que con su torre negruzca y achatada, más parece trasladada de algún pueblecito castellano. Para que la visión fuera más perfecta, no falta más que sobre la torre emerjan sus picos y largos cuellos una familia de cigüeñas.

Dejamos el auto en Lecumberri y por descansado camino llegamos a Albiasu, encantador lugar que como un balcón se asoma sobre un montículo y domina el poético valle de Araiz y los risueños pueblos de Errazquin y Betelu. Antes de seguir adelante, digamos que es también de los excursionistas Perico Elósegui, otro entusiasta montañero tolosano.

Siempre ascendiendo, pasamos al poco rato por las famosas paradas de palomas de Baraibar, desde donde se divisa un soberbio panorama, y en seguida damos vista a Aitzxorrotxete, a cuyo pie despachamos un sobrio *amaiketako*. Para hacer la digestión, nos plantamos poco después sobre la Torre de Inza o Irumugarrieta, el pico más alto de Aralar y el segundo en altitud de Guipúzcoa, o sea después del Aitzgorri (1.550 metros).

Observamos que la alambrada de separación de Guipúzcoa y Navarra, que pasaba antes por la misma cumbre, la han atrasado unos metros, de forma que el montón de piedras que constituye su cima, está completamente en territorio gui-

puzcoano, y por un pastor que por allí merodea nos informamos, además de que los ingenieros-geógrafos que andan revisando y modificando algunos límites y comprobando las altitudes de todas estas cumbres, han apreciado a la Torre de Inza, treinta metros más de los que hasta ahora se le ha conceptuado, esto es, que tiene 1.497 metros, en lugar de 1.467 con que ha figurado hasta ahora. Aunque este *crecimiento* no lo hemos averiguado por fuente oficial, lo hacemos constar como mera curiosidad, hasta tanto tenga confirmación. ¡Lástima de tres metros más para llegar



Aralar: Unako-putxuba conserva el pintoresco y misterioso sello de las lagunas de la altura.

a los 1.500 y entrar así en la centena, donde se hallan el Aitzgorri y el Gorbea, los dos colosos guipuzcoano y vizcaíno, respectivamente!

La Torre de Inza o Irumugarrieta constituye una magnífica atalaya; divísase de sus dominios el enorme perímetro de la sierra de Aralar: de Echarri-Aranaz a Irurzun, de Irurzun por Lecumberri hasta Tolosa (Bedayo), desde aquí por Amézqueta hasta Zaldivia (Villafranca) y desde este último sitio por Ataún de nuevo a Echarri-Aranaz.

No tenemos datos precisos para poder determinar la extensión de esta imponente sierra, que abarca, como se ve, una buena parte de las provincias de Guipúzcoa y Navarra; pero para dar una idea aproximada de su superficie, nos bastará consignar que, para rodearla por carretera, o sea formando el circuito que con propiedad podríamos denominar de Aralar, hacen falta recorrer 106 kilómetros, pasando por Tolosa, Betelu, Lecumberri, Irurzun, Echarri-Aranaz, Ataún, Villafranca y terminando de nuevo en la antigua capital foral de Guipúzcoa.

En Guipúzcoa son quince los pueblos que tienen derechos en la sierra de Aralar,

todos los cuales forman parte de las «Uniones de Amézqueta y Villafranca de los montes Enirio y Aralar», cuya presidencia ostenta el alcalde de Villafranca. Dichos pueblos son los siguientes: Abalcisqueta, Alzaga, Amézqueta, Arama, Ataún, Balarriain, Gainza, Icasteguieta, Isasondo, Lazcano, Legorreta, Orendain, Villafranca y Zaldivia.

En Navarra son 19 los pueblos que tienen derechos de aprovechamiento sobre la sierra de Aralar, pro-indiviso, esto es, sin parcelamiento alguno, todos en todo. Estos pueblos constituyen la llamada «Unión de Aralar» y son: Echarri-Aranaz, Lizarrabengoa, Arbizu, Arruazu, Irañeta, Lacunza, Villanueva y Yabar, estos dos últimos del valle de Araquil; Lizarraga, Torrano y Unanua del valle de Ergoyena y pertenecientes todos los citados a la vertiente sur o Barranca; y Errazquin, Betelu y los seis pueblecitos del valle de Araiz, o sea Arriba, Atallo, Azcárate, Uztegui, Gainza e Inza, que pertenecen a la vertiente Norte o primeras fuentes del río Araxes que en Tolosa se une al Oria.

Después de permanecer un buen rato en la cumbre más alta del Aralar—¡qué pena daba el abandonar aquel mirador natural!—emprendimos de nuevo el regreso, pero antes quisimos llegar hasta el refugio por si había alguna novedad; así lo hicimos, encontrándonos allí con la comisión de naturalistas de Madrid, presidida por el sabio doctor Bolívar, que se hallaban alojados en Igaratza desde hace varios días, consagrados a la busca y captura de insectos en las cuevas o grutas naturales que tanto abundan en la sierra de Aralar. Mostrábanse muy satisfechos, tanto por las excelentes condiciones del refugio en cuanto a higiene y *confort*, como por las muchas variedades de insectos recogidas, entre ellas algunas desconocidas. Los principales hallazgos, según nos informaron, los hicieron en la gruta de Putxerri (morada, según la tradición, de la *Dama de Putxerri*) y en otra que existe en las entrañas de Txindoki. Fueron tan satisfechos de su estancia en esta sierra, que al marcharse, pocos días después, entregaron a «L. A. de A.» un espléndido donativo para destinarlo al sostenimiento del Igaratza.

Nos despedimos y emprendimos el regreso. Al pasar por Unako-putsuba, Donato Ojanguren, que es un gran nadador, quiso probar prácticamente si es verídica la leyenda que existe de que sus aguas son malditas para los que mojen algún miembro en ellas y la atravesó a nado, con gran asombro de algunos pastores que presenciaron la *travesía*; pero hasta ahora, al menos que sepamos, nada le ha ocurrido, y debe hallarse en tierras brasileñas.

Con esta demostración del amigo Donato, nos hemos retrasado y poco después de perder de vista a Illoi, empieza a hacérsenos de noche, por lo cual optamos por bajar a Baraibar, pues siquiera desde aquí hay carretera hasta Lecumberri y será más difícil demos algún mal paso.

La tarde está agonizando y el sol lanza sus últimos rayos, coloreando de carmín las crestas de las Malloas y del Aralar, que toman un aspecto fantástico y sorprendente, que nuestra pobre pluma no va a intentar siquiera el describir.

El magnífico «Essex» de Donato nos aguarda impaciente en Lecumberri con sus veinte corceles ávidos de devorar kilómetros; guiado por su experto propietario, nos reintegra de nuevo a Tolosa. Aquí damos brillante remate a excursión tan agradable, de la que conservaremos el más grato recuerdo con una buena cena en «Zeru-Aundi».

Tolosa, Diciembre, 1929.

ARROSHPE.

(Fots. Ojanguren; dibujo de Rentería).